

Local / nacional

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Alfredo Alfonso

Local / nacional

*Una historia cultural de Córdoba en el
contacto con Buenos Aires (1880-1918)*

Ana Clarisa Agüero



Bernal, 2017

Colección Las ciudades y las ideas. Serie Nuevas aproximaciones
Dirigida por Adrián Gorelik

Agüero, Ana Clarisa

Local, nacional: una historia cultural de Córdoba en el contacto
con Buenos Aires 1880-1918 / Ana Clarisa Agüero. - 1a ed. -
Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2017.
392 p.; 23 x 15 cm. - (Las ciudades y las ideas / Gorelik, Adrián)

ISBN 978-987-558-450-1

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Historia de la Cultura.

I. Título.

CDD 306.488

Ilustración de tapa:

Félix Eleazar Rodríguez, *Estación de Córdoba en el 1900*, tinta, 2017

© Ana Clarisa Agüero, 2017

© Universidad Nacional de Quilmes, 2017

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires,

República Argentina

editorial.unq.edu.ar

editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-450-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Índice

Agradecimientos	13
Introducción	17
I. Córdoba en el país	31
II. Una ciudad <i>docta</i>. Sociología de un lugar común	69
III. Un mundo de palabra impresa entre Córdoba y Buenos Aires	141
IV. El espacio del arte: un museo nuevo	231
V. La tensión norte	315
A manera de cierre	359
Fuentes y bibliografía	367

Índice de ilustraciones

Advertencia: las ilustraciones están intercaladas en el texto. Cada vez que se remite a alguna de ellas se señala con una llamada en el margen del texto, indicando el número de página en que se encuentra la ilustración y, cuando corresponde, la letra que en esa página la designa.

- | | | | |
|-----|--|-----|---|
| 16 | Honorio Mossi, <i>Córdoba en el año 1895</i> (detalle). | 200 | <i>Boletín de la Academia Nacional de Ciencias</i> , 1881. |
| 66 | Honorio Mossi, <i>Córdoba en el año 1895</i> (vista ampliada). | 202 | <i>Revista de la Universidad Nacional de Córdoba</i> , número 4, 1914. |
| 96 | Hitos de la “alta cultura” y zona de imprentas y librerías. Plano de Kronfuss. | 240 | Honorio Mossi, <i>Córdoba en el año 1895</i> , 1895. |
| 161 | Vicente Rossi, <i>Cardos</i> , Imprenta Argentina, 1905. | 240 | Santiago Rusiñol, <i>Paisaje de Mallorca</i> , s/f. |
| 161 | Baudilio Vázquez Ludueña, <i>Primeros versos</i> , 1910. | 240 | Gustave Courbet, <i>Puesta de sol</i> , s/f. |
| 162 | <i>Don Juan Zavallos</i> , Imprenta Argentina, 1912. | 241 | Pierre Tomas Joachim Armet, <i>El bosque</i> , s/f. |
| 162 | <i>Xenius</i> , Imprenta Argentina, 1920. | 241 | Francisco Pradilla Ortiz, <i>Orillas del mar</i> , 1885. |
| 162 | <i>Panoramas interiores y El cofre de Cristal</i> , Imprenta Argentina, 1920. | 242 | Lluis Graner, <i>Campesinos</i> , s/f. |
| 194 | 1885, mapa del conjunto de imprentas, librerías y litografías. | 242 | Dionisio Baixeras, <i>Pescadores</i> , 1885. |
| 195 | 1901, mapa del conjunto de imprentas, librerías, litografías, fábricas de papel y agencias de publicaciones. | 242 | Modest Urgell, <i>Puesta de sol</i> , s/f. |
| 196 | 1918, mapa del conjunto de imprentas, librerías, litografías y fábrica de papel. | 243 | Manuel Cardenosa, <i>Retrato de mi esposa</i> , 1903. |
| 197 | Plano de escuelas en la ciudad de Córdoba, 1910. | 243 | Anónimo, <i>Cabeza de estudio (Monje en oración)</i> , s/f. |
| | | 243 | Mariano Fortuny, <i>Estudio de batalla (Combate con los moros)</i> , s/f. |
| | | 244 | José María Ortiz, <i>La lechera</i> , 1894. |
| | | 244 | Federico Sick, <i>Autorretrato</i> , s/f. |
| | | 244 | Andrés Piñero, <i>Rayo de sol</i> , 1903. |

- 245 Jorge Bermúdez, *Santa Teresa de Ávila*, 1912.
- 245 Octavio Pinto, *La iglesita azul*, 1916.
- 259 Plano de Córdoba, 1889.
- 262 a. Juan Kronfuss, Proyecto de Museo Politécnico Provincial (Córdoba), 1912.
- 262 b. Juan Kronfuss, Proyecto para la Facultad de Ingeniería (Buenos Aires), 1908.
- 292 Juan Kronfuss, 2º proyecto de Museo Politécnico Provincial, 1915-1916.
- 296 Juan Kronfuss, "Museo, Academia de Bellas Artes y de Artes Aplicadas", s/f.
- 318 Caricaturas de Juárez Celman y Cárcano en *Don Quijote*, 1890.
- 355 Mapas textil, documental y monumental de Onelli (1916), Roca (1917) y Kronfuss (1921).

Abreviaturas

ADAPC	Archivo de la Dirección de Arquitectura de la Provincia de Córdoba
AGHU	Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba
AGPC	Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba
BHLPC	Biblioteca de la Honorable Legislatura de la Provincia de Córdoba
BSCA	Biblioteca de la Sociedad Central de Arquitectos (Buenos Aires)
MG	Ministerio de Gobierno
MH	Ministerio de Hacienda
MPBA	Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, archivo documental y acervo pictórico
SEA	Sección Estudios Americanistas Monseñor Pablo J. Cabrera, Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba

Agradecimientos

Este libro es una versión revisada de la tesis defendida en 2010 en el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Lo sustantivo de la investigación tuvo lugar entre 2003 y aquel año, fue alentado por una beca inicial de SECYT-UNC en 2004 y cobró impulso a partir de 2005, merced a la obtención de la beca de posgrado de Conicet, de la que disfruté hasta 2010. Pude seguir consagrando mucho tiempo a la historia gracias a una beca posdoctoral del mismo organismo entre 2011 y 2013, y mi libro se cierra merced a las condiciones ofrecidas por la carrera de investigador. Para quien inició su indagación con 30 horas de docencia secundaria y ha visto inteligencias enormes y trabajadores dedicados a investigar en condiciones ingratas, esta circunstancia no puede sino aparecer como un raro privilegio, que ante todo obliga.

Las deudas eran muchas en 2010 y reconsiderarlas las aumenta, por adición y por ánimo de hacer justicia a un recorrido que había comenzado antes. Empezaré, no obstante, por aquello que la defensa reunió: Adrián Gorelik dirigió este trabajo y también los que siguieron, con toda su inteligencia, generosidad y afecto. Su confianza se prolonga en esta publicación, que espero no la dañe y por la que debo agradecer también a la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Norma Pavoni, codirectora de tesis, fue a la vez la generosa guía de un momento anterior, generosidad que incluye el haber alentado siempre con gran cariño una búsqueda que se alejaba de sus temas. Desde aquella defensa de tesis, me unen a Horacio Tarcus y Fernando Devoto un vínculo sentido y una conversación activa respecto de nuestras cuestiones y más allá de ellas. No olvido que la postulación a la beca decisiva fue acompañada por el aval de Silvia Palomeque y Oscar Terán. Todas estas consideraciones fueron y son también un privilegio.

Silvia Romano (que también integró el tribunal), Nélica Agüeros, Gardenia Vidal, Ana Inés Punta, Silvia Palomeque, Cristina Boixadós, Isabel

Castro, Mario Rufer, Mariana Dain, entre los principales, representaron para mí, en diversos momentos y por distintas razones, la parte luminosa de la escuela y el área de Historia de Córdoba. Liliana Chaves añadió a eso buena conversación y flexibilidad en momentos centrales. Entre mis alumnos y compañeros de cátedra, hubo quienes estimularon y ayudaron (algunos mucho, como Carolina Benedetti y Zoe Cid), y también quienes estuvieron cuando no lo esperaba. Silvia Fois y Miguel Candia ayudaron a transitar ese fondo formidable que es nuestra Sección Americanistas. Rosa Rovelli, Isabel Castro y Soledad Martínez Zuccardi ofrecieron u obtuvieron información con generosidad. Daniel Capardi fue, a su vez, un estímulo central en mis primeras incursiones en la historia del arte local. Los seminarios cursados con Gastón Burucúa y Fernando Aliata fueron muy disfrutados y también fundamentales para ciertos capítulos.

Si hay sucesos que definen cosas, es imprescindible que mencione mi encuentro con el Programa de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura en Argentina, del Instituto Ravignani, en el año 2000. Lo dirigía entonces Oscar Terán y era su coordinador Adrián Gorelik, quien sería mi director. Insuficiente como pueda ser, este libro nació allí, en el encuentro con ese espacio extraordinario, con los que serían mis temas y con un modo muy distinto de discutir las cosas. Vuelvo cada vez que puedo, y acaso por esa intermitencia no logro comprender que no se escuche más allí la grave y orientadora voz de Oscar. Del actual consejo de dirección, menciono especialmente a Fernando Rodríguez, que a veces nos acompaña en Córdoba y leyó parte de este trabajo.

A ese seminario y a Adrián agradezco el vínculo con el Centro de Historia Intelectual de la UNQ, fundamental para todo mi grupo, al que debo muchas experiencias y posibilidades, comenzando por la interlocución y el contacto con otros modos de trabajo intelectual. Consigno de manera especial a Flavia Fiorucci, que tanto me consideró, y a Carlos Altamirano, cuya atención es otro raro privilegio. Desde 2010, merced a Horacio Tarcus, creció también el vínculo con el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (cedimci). De las actividades en común y la generosidad de sus integrantes, anoto especialmente la conversación sostenida con Adriana Petra a lo largo de estos años. Entre los amigos de otras latitudes, debo mencionar a Alejandro Eujanian y Ana Teresa Martínez, que también leyeron, comentaron y acompañaron cosas.

De nuevo en mi ciudad, resulta vital el que es mi grupo, en el sentido más pleno, desde 2006: el Programa de Historia y Antropología de la Cultura del IDACOR, laboriosamente construido a lo largo de estos años, en cuyas formas de trabajo y discusión hoy me reconozco. Es difícil decir lo

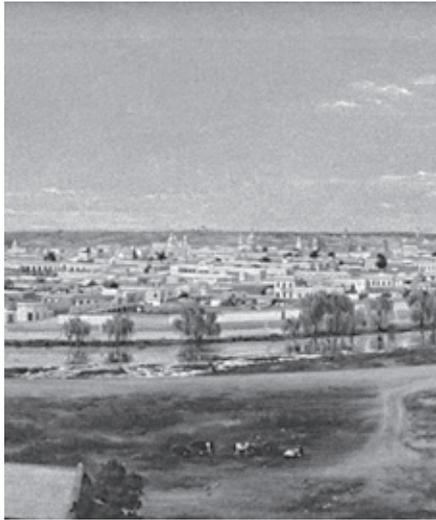
que esto representa frente al desconcierto disciplinar de épocas anteriores, e innecesario lo que moviliza también en el convulso orden afectivo. Por sus lecturas, orientaciones, precisas colaboraciones y experiencias compartidas debo agradecer a Gustavo Sorá, Marta Fuentes, Carolina Romano, María Victoria López, Paulina Iglesias, María Victoria Núñez, Ana Belén Trucco, Romina Otero, Valentina Cervi, Ezequiel Grisendi, Paula Molina y Alan Sosa; y en especial a Diego García –que estuvo en aquella antigua excursión al Programa de Historia de las Ideas–, con quien hemos precisado algunas de las hipótesis que cruzan este trabajo y que es, de los locales, quien más ha incidido en mis lecturas y en mi manera de pensar la historia.

Aquí, amablemente, las gatas se mueven de un lado a otro, ajenas a ciclos y estructuras. Fernando Díaz pasa por hermano y siempre están la inteligencia de mi mamá, Norma, y la constancia afectuosa de mi tío Raúl, todos imprescindibles, como Adrián, para que este libro se cerrara. Las ausencias no gravitan menos: a mi papá (según testimonios, fusilado en el Campo de la Ribera entre 1975 y 1976), a mis abuelos, a mi tía Lidia y a todas las cosas amadas y perdidas, va dedicado este trabajo.

Córdoba, octubre de 2015.

Introducción

Honorio Mossi,
*Córdoba en el año
1895*, MPBA (detalle).



La imagen representa Córdoba en 1895, tal como se le aparecía al pie de las barrancas al habitante de los altos o al viajero que llegaba desde el norte. La vista de un centro poblado en el bajo estaba disponible desde hacía trescientos años, aunque tanto ese centro urbano como los ojos que lo observaban hubieran cambiado mucho a lo largo de los siglos.

El detalle permite advertir la elevación del punto de vista, los espacios vacíos, la parte consolidada de la ciudad y un nuevo borde de barrancas, al sur, que inaugura la llanura extensa y no accidentada. De allí parten las rutas que comunican Córdoba y Buenos Aires; próximo al caballete, pasa el tren que conduce al noroeste del país.

[...] este libro nos traslada por la reflexión a un tiempo en que Córdoba era una región densa del nublado cielo nacional, donde se incubaban tempestades, se oían truenos y se presenciaba con alguna frecuencia el luminar magnífico de los relámpagos. ¿Qué ha sucedido o, mejor dicho, qué sucede ahora que ya no se contemplan semejantes espectáculos? [...] Alguien se ha robado el tesoro con los penates caseros, y la tribu errante anda por ahí desazonada, sin rumbo, sin luz en el horizonte, sin voces en la sombra.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, Prólogo a *Pensamiento y acción*, de Ángel Ávalos, 1910

La situación de París respecto del resto de Francia no es la misma de Buenos Aires delante de Córdoba y las demás provincias?

RAMÓN J. CÁRCANO,
Universidad de Córdoba. Algunas palabras sobre su organización, 1892

Entre sus datos de larga duración, Córdoba cuenta el de haber sufrido el asedio regular de miradas laicas que insistían en su condición católica. La ciudad desvela al liberalismo primero, al progresismo liberal o socialista luego, y aún buena parte de la historiografía tiende más a prolongar que a problematizar el ciclo largo de una representación, la de la *ciudad claustral*, que suele remontarse al *Facundo* de Sarmiento, su cristalización más célebre.¹ Pero lo que había allí era más complejo que esa figuración estilizada de un medio urbano, casi didácticamente contrapuesto a Buenos Aires. Había, en primer lugar, el reconocimiento de un *centro religioso*, ya que la peculiaridad que inquietaba a Sarmiento ciertamente no pasaba por la extensión o profundidad de la creencia, que hubiera impedido distinguir Córdoba de Salta o San Juan, sino por la presencia de una asentada institucionalidad religiosa, que gravitaba o buscaba gravitar en mayor medida que en otros sitios. Había, además, un reclamo sentido hacia el único *centro universitario* antiguo del país posible, algo que, si se advierte bien en el *Facundo*, se ve mejor en las postreras intervenciones de Sarmiento en la ciudad, comenzando por la creación de la Academia Nacional de Ciencias y el Observatorio. Había, finalmente, un encono activo con una ciudad que, teniendo más que otras, no parecía estar cumpliendo cabalmente su rol en la lucha antirrosista. Aquí, sin embargo, la urgencia devolvía a la cuestión más general de las ciudades, sedes presun-

¹ Domingo F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Eudeba, 1961 [1845].

tas de la civilización, desnaturalizadas por la barbarie instituida, en primer término, en “la culta Buenos Aires”.

Ese elemento común suele descuidarse cuando se busca en ese texto complejo que es el *Facundo* la razón para una contraposición que, siendo esquemática, era menos pobre de lo que suele concederse. En gran medida, la insistencia en la Córdoba *católica, conservadora, claustral*, acabó debilitando la pregunta por la ciudad; la consideración de esa imagen como un diagnóstico (normalmente adecuado) en lugar de cómo una imagen abolió su necesario proceso; la simplicidad de algunos de sus trazos reforzó en sus reapropiaciones la carga valorativa que allí estaba sugerida: Córdoba devino estructuralmente católica, conservadora, antimoderna, y resultó fluidamente el término negativo de un conflicto con Buenos Aires que parecía librarse fuera del tiempo –sin reparar demasiado en que el *país* de 1845 era muy distinto del *país* del siglo xx– y, mejor considerado, permitía advertir muy bien todas las discontinuidades que no autorizaban a presumir ninguna capital inmemorial.

*

Hay, podría decirse, un duradero y extendido sentido común sobre Córdoba, que actúa en registros de diverso orden y se exacerba respecto de su siglo xix. Y si es sencillo advertirlo en las miradas externas, es indiscutible que trabaja también, aunque de manera peculiar, en las consideraciones locales de la ciudad. En el primer caso, su no cuestionamiento suele dialogar con cierta prescindencia respecto de Córdoba en su conjunto, y tal vez por eso trace una línea más continua y menos accidentada. En el segundo, naturalmente las cosas son menos sencillas, algo visible en la manera en que las imágenes legadas por el siglo xix hicieron su camino en la historiografía.

Sin constituir una línea de interpretación unitaria, entre 1972 y 1989 al menos tres trabajos pusieron en el centro la dinámica tradición–modernidad en la ciudad, como un modo de tentar respuestas ante la cuestión de la existencia de una cierta personalidad urbana. En claves muy distintas, de genéticas a conflictivas, esos textos dialogaban abiertamente con la imagen atribuida a Sarmiento, intentando señalar algunos de los elementos que hacían a su justeza o la contrariaban. En Santiago Monserrat, una tradición espiritual matizada por la Colonia pesaba más que la novedad que, no obstante, nacía de sus entrañas; el revisionismo de izquierda de Alfredo Terzaga emprendía abiertamente contra Sarmiento para exponer la disputa entre laicismo y clericalismo como una de larga duración; y, por último, la búsqueda de inflexión gramsciana de José Aricó dialogaba con el intento de reconstruir una genealogía reformista que forzosamente

lo encadenaba al “hilo rojo” que creía identificar.² Esta inteligencia tan viva lanzaba allí una sugerencia cuando menos discutible, pero entonces compartida por muchos: la idea de que, en virtud de su colocación en los confines del área pampeano-litoral, Córdoba había experimentado el conflicto tradición-modernidad con *especial* agudeza; y que ese era, en verdad, uno de sus datos estructurales.

Casi en simultáneo, venía coagulando también una mirada sobre Córdoba que marcaría a buena parte de la historiografía renovadora de posdictadura, y que acaso se ejercitó especialmente en los trabajos que consideraban el tránsito entre los siglos xix y xx. Esa mirada, más que discutir o matizar la imagen que identificaba a Córdoba con el catolicismo y el conservatismo, se plegaba a ella, en una suerte de juicio a la ciudad que era inseparable de una cierta voluntad progresista. La toma de distancia implícita respecto de *esa* Córdoba fue quizás uno de sus modos de fundar un objeto histórico, y también de eludir el tipo de relato aldeano, autosatifecho o analógico, que seguía guiando a otra historiografía en general no tan progresista. Pero, a la vez, al no poner en escrutinio la imagen en tanto tal, fue difícil que no se eslabonara a ella, que seguía haciendo su recorrido laico y mostrando su capacidad de articular, en la historia, las fuerzas del inconformismo y de la crítica.

Como el *partido de la modernidad*, con toda su carga valorativa, estaba en la autoconciencia de esa historiografía, muchos de sus esfuerzos vinieron ligados al intento de caracterizar las formas limitadas en que ella se habría dado a nivel local: Córdoba expresó así, alternativamente, la vía *provinciana, católica, moderada, incompleta* de la modernidad. Es claro que con estos adjetivos se buscaba (como antes Beatriz Sarlo con “periférica”, y en parte por la reorientación sociocultural que marcaba el movimiento de conjunto) precisar la ciudad y volverla traducible, pero también ocurrió aquí al cabo de un tiempo aquello que Adrián Gorelik señalara respecto de las vanguardias: una especie de abandono del sustantivo, cuyos atributos parecía cada vez menos necesario explicitar.³ Por lo demás, es indudable que en Córdoba la adjetivación presumía un carta-

² Santiago Monserrat, *Córdoba: tradición y modernidad*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1972; Alfredo Terzaga, “Clericalismo y liberalismo: las dos caras de la medalla cordobesa”, *Todo es Historia*, N° 75, julio de 1973; José Aricó, “Tradición y modernidad en la cultura cordobesa”, *Plural*, N° 13, 1989. Véase también Diego García, “Tradición, modernidad y frontera. Aricó y dos ideas sobre Córdoba”, en Andrés Kozel, Horacio Crespo y Héctor Palma (comps.), *Heterodoxia y fronteras en América Latina*, Buenos Aires, Teseo, 2013.

³ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988; Adrián Gorelik, “Nostalgia e Plano: o Estado como vanguarda”, *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana en arquitetura na América Latina*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2005.

bón (Europa o Buenos Aires) en el que esa modernidad estaría realmente dada y completa;⁴ pero como esa referencia externa era del orden del paralelo, a la desatención de las representaciones urbanas legadas acabaría por agregarse la habida frente al hecho de que ellas eran, en general, una de las formas de la relación entre espacios urbanos y nacionales. Porque la Córdoba *católica* del siglo XIX, como la Córdoba *reformista* del siglo XX, son hechos de contacto. Lo expresan, lo modulan y también lo condicionan.

*

Este libro intenta ser, ante todo, una historia cultural de Córdoba entre 1880 y 1918. Propone, a la vez, un tipo de historia ciudadana todavía poco frecuente: una historia de lo local en las coordenadas más vastas ofrecidas por el contacto con otros centros urbanos, a veces dentro de circuitos, equilibrios y comunidades radicalmente distintos a los que vería consolidarse el siglo XX.⁵ Una historia que es local siendo, cuando menos, nacional, y en la que los intercambios no solo alteran el rostro de una cultura ciudadana sino que también expresan y promueven equilibrios y colocaciones relativas a otra escala. Que Buenos Aires sea el término privilegiado de esos contactos no es un hecho ocasional, entre otras cosas porque el trabajo se abre en un momento en que esta no ha consolidado aún todos los atributos de la capitalidad que suelen sobreentenderse, y porque Córdoba arrastra entonces viejas centralidades que intenta hacer valer no solo en la difícil conquista de aquella como capital política del país, en parte organizada desde sus estancias, sino también en la fijación de un rumbo político y cultural de escala nacional.⁶ Esas coordenadas contribuyen a situar la relación al comienzo de una etapa que ciertamente se cierra con un panorama muy distinto: la cristalización de Buenos Aires como capital total, la secundarización de las demás ciudades argentinas, Córdoba incluida. Entre la vocación conquistadora de las élites argenti-

nas que hicieron de Buenos Aires su capital, y también su ciudad, en 1880, y el aire entre disminuido y nostálgico con el que esas mismas élites advierten entre las décadas de 1890 y 1910 que esa ciudad ha devenido un organismo que excede sus propias fuerzas, como ilustra bien el texto de Joaquín V. González que abre esta introducción, se traza la parte decisiva del ciclo (ni inevitable ni forzosamente eterno) de producción de un esquema monocéntrico de país.

Aunque ese ciclo tiene múltiples dimensiones, cuyas cronologías relativas por momentos se acoplan y desacoplan, no es apenas ni fundamentalmente político o económico. Y esto no solo porque las jerarquías que establece integran y producen formas urbanas y equilibrios simbólicos que rigen en un amplio espacio social sino porque, si la mirada se concentra en ciertas actividades y disciplinas restringidas (del derecho a la arquitectura), se advierte cómo también allí se remata un proceso de concentración objetiva, aunque discontinua, de las fuentes de producción cultural, los aparatos de reproducción material y los mecanismos de legitimación simbólica en la capital del país. En el revés de ese proceso hay, sin embargo, una cultura urbana en marcha, interesante en muchos aspectos. Pero también muy marcada por la repentina conciencia de haber perdido un lugar que, luego de la crisis política de 1890, que había barrido con sus principales representantes, parece dominar en primer término a la fracción letrada de la élite cordobesa. La cita inicial del texto de Cárcano, miembro dilecto de esa tribu, expone esa caída de la ciudad mediterránea, apuntando a Buenos Aires entre sus razones. Están también los sucesivos esfuerzos de Córdoba por hallar un lugar nuevo, en parte compensados por el salto hacia el pasado que convirtió el estigma colonial en patrimonio artístico y arquitectónico y por la común resignación –con contadas excepciones– al contemporáneo y turístico *topos* serrano.

En Córdoba, ese ciclo se expresa en el complejo y sucesivo agitarse de dos cohortes, expresivas de al menos dos generaciones y diversamente comprometidas con sus élites. Primero, una que creyó expresarlas en sentido estricto, como cuerpo económico, político y étnico (criollo) de la dominación social, y participó de manera central y entusiasta de la conquista de Buenos Aires. La “Liga de Gobernadores” tuvo en Córdoba su cuartel general, y allí se dieron gran parte de los acuerdos que proyectaron al país el poder local o regional del roquismo y el juarismo.⁷ Luego,

⁴ Lo que siempre remite al sugerente texto de Roberto Schwarz sobre la presunta inadecuación de ciertas ideas y, por qué no, formas. Roberto Schwarz, “As idéias fora do lugar”, *Estudos CEBRAP*, N° 3, San Pablo, 1973. Véase también Elías Palti, *El problema de las “ideas fuera de lugar” revisitado. Más allá de la historia de “ideas”*, México, UNAM / CCYDEL, 2004.

⁵ Muchas decisiones fuertes de este trabajo son tributarias de las discusiones que llevaron a dos textos en colaboración: Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), “Introducción”, en *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010, y Ana Clarisa Agüero y Diego García, “Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 17, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2013.

⁶ Hilda Sabato, *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

⁷ Se trata de dos facciones del Partido Autonomista Nacional que, organizadas respectivamente en torno a las figuras del tucumano Julio A. Roca y el cordobés Miguel Juárez Celman, concurridos, detentaron sucesivamente el poder luego de la federalización de Buenos Aires. Proyectadas al país en torno a la candidatura del primero, ya hacia 1884-1885 evidenciaron su fractura.

un agregado de hombres marcado por las caídas y ascensos económicos, por el impacto de la gran inmigración y por la propia especificación de la vida política y cultural: universitarios, intelectuales liberales o socialistas, hombres de ideas que, entre otras cosas, depositaron en la reforma universitaria la expectativa de una reválida urbana de alcance al menos nacional. Las élites intelectuales, podría sugerirse, buscan corregir en 1918 algo de lo que el poder crudo y triunfal de las élites totales había llevado a mal puerto en el ochenta. Y para eso, entre otras cosas y aunque esto sea más claro hacia la década de 1920, echará mano también de todos los datos de una vieja centralidad local diseñada en la Colonia, que había comunicado a Córdoba con otros espacios y que entrañaba también comunidades de otro orden. Algo se verá de la tensión que introducen la reconsideración de esa historia y la larvada pero efectiva actividad del vínculo con el espacio norte del país; digamos por ahora que es una de las razones de la intermitente evocación americana de la ciudad.

Pero más allá del protagonismo político o intelectual de un par de cohortes locales con cierta vocación y proyección nacional, es la completa fisonomía cultural de la ciudad la que resulta afectada por su difícil interlocución con Buenos Aires, incluso cuando haya diferencias sensibles en la evolución de sus diversas zonas culturales. Lo que aquí se busca es entonces recomponer un panorama de esa cultura local pero atendiendo centralmente a esa dimensión relacional, inseparable de las formas efectivas asumidas por la cultura y decisiva en cuanto a las condiciones de producción y circulación de sus bienes y figuras. Sin duda, el vínculo implica un tipo de equilibrio provisorio dentro del cual Córdoba y sus élites no siempre ocupan el lugar que se creen llamadas a ocupar; pero ese ordenamiento, cuya desigualdad se pronuncia a lo largo de nuestra etapa, no es ajeno a su compromiso en la formación de una clase dirigente nacional o una gran capital.

*

Se ha aludido ya a la concentración de varias capitalidades en Buenos Aires y, aunque esta se concretara en el giro de siglo, lo cierto es que esas capitalidades reconocían edades y procesos de acumulación muy diversos.

Norma Pavoni, "Partidos y clientelismo políticos en la Córdoba de entre siglos, 1890-1912", Córdoba, 2005, mimeo.; Liliana Chaves, *Tradiciones y rupturas de la élite política cordobesa (1870-1880). La clave conservadora de la modernización política*, Córdoba, Ferreyra Editor, 1997; Laura Cucchi, *Antagonismo, legitimidad y poder político en Córdoba, 1877-1880*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2015; Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, 1985.

Basta con recordar que la centralidad creciente y continua que acompañó la valorización económica y geográfica del litoral rioplatense desde fines del siglo XVIII no tuvo un paralelo en orden a la capitalidad política; la que, instaurada fugazmente por la creación del Virreinato del Río de la Plata y reeditada aún más fugazmente por Rivadavia, debería atravesar un largo y tortuoso ciclo antes de confirmarse en la era republicana, tal como hizo en 1880. La centralidad cultural de Buenos Aires, a su vez, no tuvo una historia más fluida, ya que si en parte siguió a su capitalidad política virreinal, y aun se afirmó notablemente durante la era autonómica de la "feliz experiencia", halló una interrupción no menos notable en la etapa rosista, merced a la decadencia o supresión de las instituciones que la habían sostenido y al exilio de buena parte de quienes se habían forjado en aquel microcosmos.⁸

Respecto incluso de la relativa reactivación cultural que introdujo en Buenos Aires otra autonomía, la dominada por Mitre, y de su continuación y expansión en la era de unificación estatal que sucedió a Pavón, el proceso de concentración de capitalidades precipitado por la federalización de Buenos Aires en 1880 haría más que reunir una serie de privilegios urbanos que antes habían sido discontinuos o independientes: los intensificó, los estabilizó, facilitó su mutuo refuerzo y los convirtió en pivote del proceso de consolidación estatal-nacional. Visto desde esta perspectiva, ese momento inició también la fase principal de concentración de aquellas fuerzas creativas que caracterizan a los centros intelectuales o culturales, así como de los aparatos de reproducción y difusión simbólica y de las instancias de acreditación y legitimación cultural. Y si respecto de las demás ciudades argentinas esto abriría entonces una cesura irreversible (es decir, instalaría de manera nítida e indiscutible uno de esos *equilibrios provisionarios* de los que se ha hablado), el fenómeno fue también indisociable del propio proceso de expansión metropolitana de Buenos Aires. Un proceso, como ha mostrado Adrián Gorelik, al que se dirigirían los esfuerzos reguladores que caracterizaron todo un "ciclo reformista",

⁸ Durante la llamada "feliz experiencia de Buenos Aires", la ciudad adquirió parte de las instituciones que habilitarían su amplio influjo cultural sobre el resto de los estados autónomos, el Colegio de Ciencias Morales y la Universidad de Buenos Aires entre los primeros. Allí se formó gran parte de la llamada "generación del 37" y, merced a sus políticas hacia las élites del interior, llegarían un tucumano como Alberdi o un sanjuanino como Manuel Quiroga Rosas. Sarmiento, en cambio, computaría esa carencia entre sus faltas. Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958; Jorge Myers, "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, col. Nueva Historia Argentina, t. III.

pero que también pareció ir a veces más rápido que las percepciones y medidas de sus cuadros intelectuales, técnicos y políticos. Las múltiples alusiones a una distancia entre la provisión intelectual y moral y la realización objetiva de la ciudad (un dilema muy simmeliano que también sería reapropiado con provecho por parte de las élites provincianas para referirse a esa orgullosa capital) no solo expresaban las vacilaciones metropolitanas respecto de la inversión evidente del progreso material en decadencia espiritual: mostraban también hasta qué punto la metrópoli *se estaba haciendo*.⁹ En todo caso, dentro de ese juego combinado de producción de una metrópoli y producción de una nación, Buenos Aires intensificó su presencia propiamente cultural en las provincias a través de ciertos mecanismos muy directos (determinadas instituciones educativas o culturales nacionales), de otros muy desiguales y complejos (los diversos mercados de bienes simbólicos que también pugnaban por ser nacionales o los diversos campos disciplinares en constitución) y de una multiplicación inédita de recorridos individuales de intelectuales, artistas, viajeros o funcionarios.

Volvamos a Córdoba, solo para remarcar lo que la unía *a* y distanciaba *de* las otras ciudades argentinas que experimentaron un impacto semejante. En primer término, la ligaba a ellas una situación presente que, conforme avanzaba la señalada concentración en Buenos Aires, parecía aplanar, equiparar a las demás en su colocación subalterna. También la unía a esas ciudades una reciente comunidad que no había desaparecido del todo de la memoria colectiva y de la que la nueva capital había estado ausente: la Confederación Argentina, que les había dado un presidente entrerriano y había allanado el paso a uno cordobés –Justo José de Urquiza y Santiago Derqui, respectivamente–, que había consolidado un colegio muy codiciado en Concepción del Uruguay y que había convertido en nacional la antigua Universidad de Córdoba. Más distante en el tiempo, la ciudad había participado también de otros circuitos y comunidades que la habían vinculado especialmente a la línea noroeste de las ciudades argentinas, situadas en el camino al Alto Perú –como, desde la perspectiva de estas, Córdoba lo estaba en el que llevaba a Buenos Aires–. De ese pasado que era, en lo esencial, el pasado colonial, derivaba así una antigua y significativa comunidad, y también una notable singularidad.

⁹ Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 181-186. Se trata, desde luego, de una contraposición entre cultura material y cultura moral que no debió esperar a Georg Simmel aunque adquiriera gran vigor a partir de él.

Fundación propiamente *peruana*, Córdoba había acumulado desde poco tiempo después de su nacimiento, en 1573, un conjunto de atributos que sustentarían su específica centralidad dentro de una comunidad organizada por Lima: la temprana presencia de una universidad (1613-1622) y múltiples órdenes religiosas, la ulterior instalación de un obispado (1699), su carácter de encrucijada comercial de las rutas que la comunicaban con el espacio peruano, cuyano y litoral, y el durable sostenimiento de una balanza comercial favorable que reeditaba en metálico.¹⁰ Y aunque esa era se hallaba muy lejana, el efecto de haber sido centro de otras unidades y circuitos (también de la ulterior gobernación-intendencia) parece haberlo estado menos; algo sugerido por la insistente voluntad de protagonismo de la ciudad en la era republicana pero especialmente notable a finales de la década de 1870, cuando todo un orden nacional se tejía en Córdoba, apuntando desde allí –merced a las elucubraciones urbanas y rurales del general Julio A. Roca– a la futura capital. Lo que se subraya ha sido ya sugerido varias veces: que Córdoba no llegó siendo cualquier ciudad a ese ciclo abierto en 1880 y que, en consecuencia, su historia cultural contemporánea fue también la de una sorpresa, la de una búsqueda denodada y a veces torpe, y la de una decepción.

*

Si tanto esta introducción como los primeros capítulos atienden una serie de imágenes es porque, en lo fundamental, una de las cosas que las ciudades intercambian son representaciones urbanas, algunas muy onerosas en su vida histórica y para su historiografía. Por lo demás, el recorrido sigue un esquema conocido, en gran medida provisto por Carl Schorske: la consideración secuencial de una serie de zonas culturales que, a la vez, son

¹⁰ También en este antiguo caso puede advertirse un proceso de acumulación de centralidades diversas y de variada edad que, en términos generales, se cumplió a lo largo del siglo xvii. El traslado a Córdoba de la sede del Obispado de Tucumán (1699) reviste un interés especial porque expresó entonces la consolidación más general de los intereses regionales cordobeses y se dio en detrimento de su sede histórica, Santiago del Estero. Sonia Tell e Isabel Castro Olañeta, “Actores, proyectos y conflictos en torno a la distribución de los diezmos en el obispado del Tucumán (siglos xvi-xvii)”, en Silvia Palomeque (dir.), *Actas del cabildo eclesiástico. Obispado del Tucumán con sede en Santiago del Estero 1592-1667*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2005. Sobre la colocación de Córdoba en diversos momentos de la era colonial: véase Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982 y Carlos S. Assadourian y Silvia Palomeque, “Las relaciones mercantiles de Córdoba (1800-1830). Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional”, en María Alejandra Irigoin y Roberto Schmidt (eds.), *La desintegración de la economía colonial. Comercio y moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

pensadas tanto en simultáneo como evolutivamente, intentando restituir ciertos elementos relevantes de la fisonomía cultural de la ciudad y algunas de las cuestiones y tensiones que la atraviesan entre 1880 y 1918.¹¹

Zonas culturales antes que disciplinas o campos, porque se trata de dominios reconocibles en torno de un cierto arte o *métier* particular (derecho, edición, arquitectura, artes plásticas, “estudios coloniales”) pero que pueden revestir grados muy diversos de afirmación institucional o disciplinar, de publicidad o esoterismo; ser de naturaleza más o menos intelectual, artística o comercial; estar marcados o no por corporaciones de cierto peso y dominados o no por relaciones más o menos constitutivas con otras dimensiones de la vida social. Esas propiedades inclinaron a un tipo de consideración diferencial, tendiente tanto a restituir un cierto estado de cada una de esas *artes* cuanto a determinar el tratamiento más apropiado para cada una de ellas. De esta manera, aquello que se intentó pensar en simultáneo se analizó, alternativamente, según un criterio extensivo o intensivo, macrohistórico o microhistórico, sistemático o aleatorio.

No es preciso abundar sobre el uso que se hace aquí de una noción como la de *contacto cultural*, de larga tradición antropológica pero también visiblemente reintegrada en las últimas décadas a los esfuerzos de la historia. Basta señalar que se trata de un uso laxo del que se subraya, ante todo, la dimensión constitutiva, y que para esto también fue bueno volver al *Mediterráneo*, donde la inquietud estaba bajo la forma de los intercambios civilizatorios.¹² Esto, entre otras cosas y como señalamos en otro lugar, porque acaso ese fue el costado más recortado del Braudel que llegó a Córdoba o su historiografía relativa, tan prolífica en cambio respecto de los intercambios, circuitos y centros económicos.¹³

Más que esa precisión, interesa poner de relieve aquí algo que hace a la perspectiva y que tal vez prepare mejor para la lectura. Una idea de *contexto* a distancia de todo uso genérico y, también, de todo exclusivismo artificial, que empuja a intentar identificar contextos efectivamente activos respecto de ciertos fenómenos acotados, de la especie, duración o extensión que sean. En esto tuvo mucho que ver la lectura de los microhistoriadores italianos, pero también la insistencia de Jacques Revel sobre

el punto y la idea de que, en el caso argentino, tomar la cuestión en serio permitía recuperar dimensiones que de lo contrario quedaban radicalmente ocluidas, comenzando por los territorios y comunidades realmente implicados en ciertos artefactos culturales.¹⁴ Y si esto hace a la perspectiva es en parte porque, tratándose de un trabajo que construye un objeto de historia cultural, espacial y temporalmente situado, no es raro que invoque, a veces menudamente, factores políticos, técnicos, económicos o de otro orden, que vulneran la cronología y el espacio propuestos y parecen, a la vez, imprescindibles para entender algo de la cultura de la ciudad. El problema, podría decirse, es cultural; sus contextos muchas veces no. Con los límites que pueda tener, serios en algún caso, este es nuestro modo de persistir en el horizonte de la historia total.

*

Salvadas las inevitables remisiones de unos a otros, en general informativas, los capítulos tienen la suficiente unidad interna como para admitir una lectura autónoma, aunque ciertamente obedecieron a un plan de conjunto que, sin ser excluyente, construyó objetos complementarios en virtud de su diversa consistencia, amplitud territorial, caladura temporal y aun del área social implicada.

El capítulo I considera una serie de imágenes estimuladas por Córdoba a lo largo del siglo XIX; imágenes articuladas por miradas externas que intentaron fijar los grandes trazos de su fisonomía urbana y sugirieron su lugar relativo en un espacio nacional dado o proyectado. Dando cauce y forma a lo que muchos pensaban, siendo mero eco de una asentada tradición intelectual o discutiendo con sus expresiones más agudas, las más exitosas de esas imágenes delimitaron los márgenes simbólicos de la consideración política, poética y cultural de la ciudad y, en consecuencia, produjeron en buena medida las condiciones de su interlocución en la era republicana. La “Córdoba claustral” –cerrada, católica, conservadora, vanamente doctoral– instala la matriz más onerosa, no solo porque en sus reapropaciones el *Facundo* se empobrece sino también porque su eficacia social trasciende ampliamente la reconsideración nostálgica que emprendería en breve el propio Sarmiento. Con todo, en sus contestaciones asoman las piezas de una imagen más antigua, en parte sumergida por ella, que es posible condensar en la figura de la “encrucijada”, del cruce de

¹¹ Carl Schorske, *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

¹² Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

¹³ A. C. Agüero y D. García, “Introducción”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, *op. cit.* Como ejemplo, pueden añadirse a los ya mencionados los trabajos de Ana Inés Punta, “Los intercambios comerciales de Córdoba con el Puerto de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII. El sector de los comerciantes”, *Anuario del IEHS*, N° 9, 1994, y Silvia Romano, “Córdoba y el intercambio regional, 1820-1855”, *Cuadernos de Historia*, N° 2, 1999.

¹⁴ A. C. Agüero y D. García, “Introducción”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, *op. cit.*; Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, “Microanálisis y construcción de lo social”. Sobre ciertos tipos de contexto: Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Norma, 2006.

rutas, en general asociado al comercio, al movimiento y a las más variadas circulaciones. Entre el *claustró* y la *encrucijada* se juega buena parte de nuestras imágenes, y no debe extrañar que cuando sus implicancias estática y dinámica parezcan disponibles despusen las representaciones conflictivas de la ciudad, muy pronto ofrecidas como clave de lectura.

El capítulo II parte de una imagen gustosamente asumida por la élite cordobesa del giro de siglo, e intenta confrontarla al cuadro de sociedad que proveyó sus referentes fundamentales. La figura de la Córdoba “docta”, desgajada de la Córdoba “claustral” de connotación católica y más capaz que ella de conformar voluntades muy diversas, es reconducida al espacio de la ciudad real que alentaba o clausuraba su vigencia. El capítulo es, en tal sentido, tanto la historia de una idea cuanto una sociología de la población discreta que le dio vida. En el primer aspecto, se intenta trazar la breve historia de la imagen y relevar sus usos serios y jocosos en el giro de siglo. En el segundo, se busca avanzar en una radiografía de la institución universitaria a partir de su caso más antiguo, su corporación más consolidada y una de sus disciplinas más formalizadas: la atención a la Facultad de Derecho, entonces, contribuye a determinar el papel de la universidad en el espacio urbano y a circunscribir las condiciones de existencia, difusión y desgaste de una imagen.

En el capítulo III se reconstruye y analiza la fisonomía de un mundo de lo impreso hecho en el contacto. Ese mundo, más que un mundo estrictamente editorial y menos que el mundo de todo lo impreso, hallará crecientemente en Buenos Aires gran parte de sus condiciones y límites materiales y simbólicos. La escasez de antecedentes ha obligado aquí a una trabajosa reconstrucción de los ámbitos, agentes y bienes involucrados, lo que redundará en una sensible ampliación del área social considerada; ampliación que es, sin embargo, muy compatible con la heterogeneidad real de ese mundo que mezcla disciplinas, oficios e inspiraciones. Más que en otros casos, ha sido necesario establecer las coordenadas materiales del contacto, también en la dimensión cruda de los medios de transporte o las frecuencias. Caracterizaciones técnicas, funcionales y sociológicas muy puntuales de ámbitos como imprentas, librerías o bibliotecas son acompañadas de las más complejas de autores, libreros y editores. Objetos claramente mercantiles como el libro y la revista son tratados con la misma dignidad que otros no mercantiles, como las tesis doctorales, y sus eventuales mutaciones hacia el mercado de bienes simbólicos.

El capítulo IV analiza los contactos establecidos entre Córdoba y Buenos Aires en los ámbitos de la arquitectura y la plástica. Habiendo identificado un evento significativo, dotado de gran unidad intrínseca y

singularmente denso, este fue aislado y sometido a nuestros interrogantes generales sobre la cultura y el contacto entre ciudades. Se trata de lo que hemos caracterizado como el “giro culturalista” impreso al Museo Politécnico Provincial entre 1911 y 1916, giro signado por el privilegio de la historia y las bellas artes en detrimento de las colecciones naturales, y por el esfuerzo de dotar a esos contenidos de un nuevo continente. El derrotero de dos proyectos edilicios, uno de inspiración colonial y el neoclásico finalmente construido, y la difícil elaboración de la primera colección plástica provincial, ofrecen las líneas a través de las cuales se explora la circulación de artistas, arquitectos, proyectos y telas entre ambas ciudades, y los contextos estético-intelectuales, disciplinares, institucionales y mercantiles en que ella se inserta.

El capítulo V intenta evaluar cómo, al calor del vínculo con Buenos Aires y la consolidación de una determinada geografía cultural de la nación, Córdoba redescubrió su era colonial y, con ella, los vínculos estrechos que la habían unido al espacio norte del país cuando regían otros mapas. Puesto que en ese pasado y en esos mapas la élite cordobesa pudo reconocer también una antigua centralidad que advertía ahora irreparablemente perdida, no debe sorprender que, en ese mismo giro de siglo, Córdoba experimentara un precipitado proceso de distanciamiento y reconciliación con aquel pasado colonial, señalado ahora como fuente de una particularidad local capaz de otorgarle un nuevo lugar en una geografía simbólica muy transformada. La ambigüedad inicial del referente colonial será así gradualmente superada, en beneficio de su recuperación activa como elemento local distintivo y de la reivindicación de la posición intermediaria de Córdoba entre el norte y el litoral (entre Buenos Aires y el interior o entre América y Europa). Y aunque ambas elaboraciones son indisociables de la difícil –pero cierta– configuración de una zona de “estudios coloniales”, la segunda bebería, además, del proceso por el cual el reformismo se constituía como universo de temas y problemas; nada casualmente su influjo se ejerce aún en una figura relativamente próxima como la de “ciudad de frontera”, con la que Aricó intentaba en 1989 asir una singularidad nacida de una posición a la vez marginal respecto de un centro presente y central respecto de un espacio y un territorio anteriores.¹⁵

¹⁵ José Aricó, “Tradición y modernidad”, *op. cit.*